

PROFESIONALISMO E INVESTIGACION EN LA UNIVERSIDAD

Por J. NAVARRO LATORRE

I

AQUELLA vieja e inexacta clasificación de la Universidad europea quería definir tres tipos de contenido, que hoy se considera uno. Se hablaba de que la Universidad alemana era, ante todo, una institución científica; que la inglesa perseguía principalmente un fin educativo y que la latina se inclinaba hacia una tendencia profesional. Si algo de estos matices predominantes pudieran adivinarse antes de la primera guerra mundial, en el lapso de tiempo transcurrido no pueden ser asignados sin peligro de error alguno tales calificativos como exclusivos de un tipo universitario.

En primer lugar y refiriéndonos a la Universidad española, no hemos podido comprobar en ninguna fase de su historia reciente ese predominio profesionalista que se le atribuía. Bien es cierto que se pretendía realizar la enseñanza científica de las profesiones; mas tan laudable propósito quedaba en su raíz, sin conocer los frutos de su empeño, reducido a dar la capacidad «legal», pero no la eficiente.

Alguien ha pretendido que determinadas profesiones universitarias se hallaban ligadas al Alma Máter por razones de inercia. En algún sector se ha persistido y se persiste en arrebatarse al Alma Máter aquel carácter que la definía como «*Universitas magistrarum et escholarum*».

El mal deriva del sistema de ideas al que se ha denominado cultura faústica. Como ha dicho un universitario, según esta forma de entender la vida, el hombre se ha convertido en un pequeño dios, que tiene múltiples garras y que en todas recoge botín y multiplica potencia. El utilitarismo a ultranza de toda posible energía intelectual ha producido el profesional puro, atrocemente especializado, al que se ha llamado técnico.

Desde luego que el tipo técnico, concebido aisladamente, no podía ser nunca un producto específicamente universitario. Si toda su destreza no se apoya en un soporte de completa formación humana, la sinrazón es evidente. No puede objetarse abiertamente contra la imperiosa exigencia de la ciencia moderna que requiere de la especialización para poder atender el inmenso campo abierto ante sus posibilidades. Pero ha de evitarse con sumo cuidado el caer en esa postura deshumanizada que sacrifica la enjundia esencial de una preparación intelectual al moloch del imperio de lo objetivo.

En algún lugar hemos afirmado que la vieja Universidad española no podía presumir de profesionalista. Decíamos que la investidura titular del final de la carrera, más que una meta, era siempre el comienzo de un conjunto de preocupaciones desmesuradas en relación con el trance estudiantil. La posesión de un título servía más bien, y aún sirve en la generalidad de los casos, para cerrar el horizonte entre incertidumbres de un lado y desorientación del otro. No es necesario acudir a la rica biografía de nuestros hombres del 98 para comprobar, en el examen de cualquier figura universitaria del último medio siglo, que no existía equilibrio entre el esfuerzo desplegado a lo largo de la carrera y los resultados inmediatos que se conseguían. Naturalmente que exceptuamos los destellos singulares del temperamento genial. Pero en la inmensa mayoría de nuestros profesionales universitarios observamos un terrible desencanto cuando sus años estudiantiles terminaron, debido no tanto a la añoranza de las anécdotas de

los tiempos mozos cuanto a la descarnada comprobación del mucho tiempo perdido.

La Universidad que propugna la Ley de Ordenación del 29 de julio atiende a no dejar escapar la importancia de este tema. Sus postulados propugnan, en primer término, el fortalecimiento de la labor docente, como paso, primero, para robustecer la vida universitaria, y a la larga, capacitar mejor para el ejercicio profesional. Pero éste se destaca sobre todo en las Facultades como un objetivo esencial. En ellas se crean los Institutos profesionales, dirigidos a procurar a los escolares una práctica suficiente que los habilite para el ejercicio profesional.

Estas Instituciones—originadas por la propia Universidad o creadas al amparo de la iniciativa de Corporaciones públicas o privadas que deseen colaborar en el resurgimiento de nuestra vida profesional—no escamotearán medios para que el futuro licenciado o el que ya lo sea—pues podrán establecerse antes o después de los estudios—conozca de cerca los problemas e incidencias de su futura actividad, participando incluso, no en simulacros de empirismo profesional, sino en la realidad social en la que operan los titulados de su clase.

Pero téngase en cuenta que toda esta labor se realizará en el estudiante cuando su espíritu y su vida se hayan troquelado en los moldes de un profundo humanismo cristiano, vaciados por las tareas de formación total que se desarrollarán en las aulas universitarias y de modo especial en los Colegios Mayores. Por esta razón nuestros profesionales universitarios no podrán ser tildados de esa miopía mental o de esa sequedad espiritual que con tanta razón han sido achacadas a los tipos de técnicos destilados por las Universidades que vivían bajo la exclusiva preocupación del utilitarismo, trasunto en este caso del más refinado materialismo al campo nobilísimo del quehacer intelectual.

Es muy cierto, por ejemplo, que el futuro médico necesitará para obtener su título, además de una serie ininterrum-

pida de prácticas a lo largo de sus años de carrera, un curso completo, el último, dedicado por entero al ejercicio clínico. Además, para conseguir la especialización serán precisos estudios de carácter concreto, pues se crea el título de especialista exclusivo en el ejercicio de un tipo de medicina. Pero tal efectividad, que la nueva Universidad pretende para la capacitación profesional de sus titulados, no se guiará por impulsos desnudos de contenido total. Además de todas estas cosas, el médico, el especialista, habrán pasado por los cursos superiores de formación religiosa, por los estudios dedicados a su preparación como ciudadanos más llamados a la responsabilidad en la convivencia nacional, y, sobre todo, por una entrañable intimidad con los compañeros de otras Facultades, que contribuirá a dar a su espíritu unas perspectivas más amplias en orden a la cultura y a los conocimientos que le pudiera proporcionar su atención exclusiva a la carrera preferida.

De esta manera se inserta el profesionalismo en la nueva Universidad. Tensando todos los medios para que sea efectivo; pero dotándolos de una raíz humana, sin la cual resulta monstruosa toda producción universitaria.

II

En un libro sobre el tema universitario se consigna una anécdota muy significativa sobre lo que pudiera llamarse el estilo de la investigación que la Institución Libre de la Enseñanza fomentaba. Un pensionado español—de aquellos hijos predilectos de la muy notoria Junta de Ampliación de Estudios—había sido enviado a Munich para iniciarse en las elevadas tareas investigadoras. Se acercó al gran Spielmeyer, anatómico de prestigio mundial. El sabio alemán planteó al pensionado a las pocas palabras de conversación la disyuntiva: «¿Usted, qué prefiere? ¿Aprender Anatomía patológica del sistema nervioso, o hacer algún trabajillo de pensionado?»

No hay duda de que hubo excepciones en este sistema.

Pero es de una certeza absoluta que desde la crisis intelectual del 98 existía un ambiente de inferioridad intelectual, según el cual no era posible crear ciencia fronteras adentro de España porque todo el saber había escapado hacia las Universidades extranjeras. El pesimismo se acentuaba, y unos en nombre del europeísmo y otros en el de la imposibilidad, querían extirpar de nuestros recintos académicos la tarea investigadora. A tal extremo llegó esta falta de fe, que uno de los santones de la Institución llegó a decir a un grupo revolucionario—en su léxico equivalía a lo que se llamaba «avanzado»—que pensaba «si sería bueno reducir las Universidades, y hasta suprimirlas todas, enviando un gran número de estudiantes al extranjero; a los demás, a sus casas, a tomar oficios manuales y aguardar mejores tiempos y mayores medios para reorganizarlas, haciendo tabla rasa de sus elementos presentes, en gran parte averiados».

Comenzó más tarde la polémica de si la investigación era o no función universitaria. Al igual que en otros temas de nuestro tiempo, se cerraron los partidarios de una y otra tendencia en encastilladas posiciones que excluían y anatematizaban la contraria. Así, del campo de la izquierda, masónico e institucionista, se defendía la desvinculación de toda tarea investigadora del recinto universitario. Investigación y Universidad, si no antitéticas, eran, al menos, dos fuerzas divergentes que no podían coincidir. Magníficos centros investigadores, surgidos al calor de la iniciativa privada o del esfuerzo intelectual, eran condenados al aislamiento y apenas podían resistir los embates de sus detractores. Muy de cerca hemos oído hablar al gran químico español, prestigio de nuestra ciencia ante el mundo, doctor Rocasolano, quien nos contaba los esfuerzos y sinsabores que le costó mantener contra viento y marea el Laboratorio de investigaciones bioquímicas que su magnífico tesón y su depurada ambición científica crearon en la Facultad de Ciencias de Zaragoza.

En la otra banda de aquella posición respecto a las rela-

ciones de la investigación con la Universidad se encuentran aquellos que quieren para ésta el exclusivismo en la tarea. En nombre de la unidad de acción, se quiere alcanzar el monopolio de la investigación para el Alma Máter.

Feliz creación del régimen ha sido el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Dirigido a exaltar la creación de la ciencia nacional, su organización presenta la perfecta ecuación entre el esfuerzo investigador realizado dentro o fuera de la Universidad. Se nutre esencialmente de universitarios; pero sus puertas se hallan abiertas para que puedan cooperar en su quehacer cuantos individuos o instituciones deseen hacerlo.

En perfecta conjunción con este organismo, que fomenta, orienta y coordina la investigación científica nacional, se halla la Universidad, a la que se asigna una misión de impulso y, sobre todo, de preparación de investigadores.

Claro es que no todos los universitarios pueden serlo. Pero aquellos que quieran desde su cátedra aportar su esfuerzo pueden hacerlo ahora, en el marco de la Ley de Ordenación, con mayores posibilidades que nunca. En torno a esas cátedras que se sientan capaces de esta función, dotadas suficientemente y alentadas por el propio Consejo, se irá realizando una tarea utilísima, recompensada con el agradecimiento de la sociedad y con los frutos conseguidos.

Además, el mismo Consejo puede realizar la inmensa tarea de relacionar unas Universidades con otras. Precisamente aquí estribaba la continuidad de las quejas que desde las Facultades de provincia se elevaban contra el antiguo sistema de elaboración de ciencia pura. Madrid, y nada más que Madrid, era el lugar apropiado para realizar la investigación. Unos cuantos centros, dotados con largueza y excepcionales en el privilegio, acaparaban toda posibilidad investigadora. En contraste—y como prueba evidente de cuanto venimos afirmando—, hoy se hallan delegaciones del Consejo en casi todas las Universidades españolas, rivalizando en demostrar que

también en todos los rincones de España se puede laborar por el prestigio de nuestro nombre científico. Ayer fué la Universidad aragonesa, con sus cursos y congresos celebrados en la capital del Pirineo. Hoy es el Alma Máter hispalense, que celebra su primera Asamblea americanista, alentada por la simpatía de toda la ciencia nacional...

Investigación y Universidad no son antitéticos. Monopolio investigador—como dijo el Ministro de Educación Nacional—, «ni para la Universidad ni para nadie».

Es llegado el tiempo de aunar esfuerzos, de depurar conductas y de servir acendradamente a un ideal superior. Las realizaciones conseguidas en un trienio por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, debidas en su gran parte a la cualificada aportación del personal docente universitario, son hechos conseguidos, que, sobre dar firmeza a la doctrina exacta sobre la investigación, valoran históricamente nuestro tiempo como el trance de más amplias ambiciones y de mejor selección de medios para devolver a España el prestigio de su cultura en el mundo civilizado.

